

---

O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El hombre ante Dios. Razón y testimonio* (Ediciones Sígame, Salamanca 2013) 157 pp. ISBN: 978-84-301-1837-3.

“Somos hombres en la medida en que preguntamos por Dios; y si un día dejamos de preguntar por Él, es que nos hemos olvidado de nosotros mismos (...) Un universo absolutamente desacralizado sería el anticipo de la abolición final del hombre”. Con estas palabras del *Prólogo* comienza el teólogo español este libro que ahora presentamos: cuatro capítulos dedicados a un tema tan antiguo como la misma humanidad, pero donde el discurso estrictamente racional se enriquece con la experiencia vital personal; la existencia de Dios, su naturaleza y la relación con el hombre se presentan, de inicio, como una cuestión fundamental que todo lo transforma, en el orden del ser y del actuar, del sentido global de la vida del hombre.

El primer capítulo (*Dios, ¿una pregunta sin respuesta o una respuesta sin pregunta?*), distanciándose de planteamientos sociológicos o puramente fenomenológicos, nos ofrece una reflexión directa sobre Dios, centro y quicio de toda religión, partiendo de su perenne vigencia y actualidad. Reconoce el autor que, amén de las múltiples interpretaciones que recibe, queda claro el hecho incuestionable de la palabra “Dios” y la vigencia de un sinfín de preguntas –filosóficas, éticas e incluso escatológicas– relacionadas con ella. Aun cuando la razón filosófica, por sí sola, sea incapaz de conducir propiamente a la fe religiosa, un anuncio salvífico que chocara frontalmente con aquella quedaría, por lo mismo, desacreditado. Aquí se encuentran el discurso racional y el saber vivido, como sucede en las vías de Tomás de Aquino; la verdad del Dios de los filósofos y el rostro salvador del Dios de los profetas.

Sin renunciar a lo que resulta específico de la naturaleza de cada una, la sabiduría filosófica y la fe religiosa no se excluyen como alternativas opuestas: por caminos distintos, por vivencias diversas, ambas conducen a la experiencia de lo sagrado, dando a conocer aspectos complementarios de la realidad divina. Pero mientras el filósofo busca y se pregunta racionalmente por Dios, el creyente religioso se sabe conocido e

interpelado por su presencia personal salvadora, a la que responde con el obsequio generoso de su vida entera: la meta más alta del primero es la experiencia metafísica, mientras la cima del segundo lo constituye la experiencia mística.

Aunque en la actualidad muchas son las formas de vida que excluyen de su horizonte práctico la dimensión religiosa, en realidad resulta imposible (al menos, de un modo absoluto) eliminar del intelecto la cuestión de Dios. Es la gran tarea de la libertad: detenerse ante los estrechos límites de lo finito o aceptar arriesgadamente los testimonios que de lo sagrado percibe constantemente; acoger a Dios en su vida o rechazarlo. Este es el gran enigma del ser humano, como recuerda el autor: la experiencia dramática de un querer y necesitar que va siempre más allá, y la de un poder que no está a la altura de ese mismo querer. Este es, en el fondo, el desenlace final que la historia de las religiones conoce como salvación o condenación.

Del hecho de que todo hombre, por el hecho de serlo, evoca y clama a Dios, algunos filósofos han deducido el papel creador del primero respecto al segundo, invirtiendo así el orden de la realidad, y suplantando la teología por la mera antropología. Sólo la experiencia de la propia nada y, en ella, del Todo Omnipotente divino, recoloca el orden justo de ambos términos de la relación; sólo en la experiencia religiosa de un Dios que crea y llama, puede el hombre saberse realmente agraciado y elevado. Por necesario e importante que sea el papel de las facultades humanas para tener acceso al conocimiento del Totalmente Otro, es sólo por la fe como el hombre acepta y se confía en él, descubierto ahora como la presencia más íntima a nosotros mismos: trascendencia y cercanía, alteridad y presencia se funden, definitivamente, en el misterio del Logos-Carne, Jesús de Nazaret. A la teología le compete la tarea de elucidarlo cada vez más y mejor.

La paradoja del hombre que, en su concreción dramática, se excede a sí mismo en dirección a los otros y, últimamente, al Otro infinito es tratada en el segundo capítulo (*El exceso de Dios y nuestro salto al límite*). Temporalidad que anhela lo eterno, finitud que se proyecta al infinito, el hombre barrunta en su interior la presencia de un misterio que, innegable, le resulta inasible del todo. Esta tensión queda reflejada en la vida y obra de los grandes pensadores de los últimos siglos, para quienes se trata no únicamente de un problema racional sino ante todo de una cuestión existencial. El riesgo de una apuesta en libertad, conservando todo su valor, recibe diversos planteamientos. No sólo en la pura reflexión filosófica, sino también en ámbitos como el arte y la cultura, las tradiciones o el derecho natural, el hombre ha formulado sus intuiciones al respecto. Una lectura positiva de expresiones de Dostoiévski ("Si Dios no existiera, habría que inventarlo", o esta otra: "Si Dios no existe, todo está permitido") y de Kolakowski le sirven al autor para iluminar la solución a la alternativa: más que una amenaza, la presencia misteriosa del Infinito divino en el corazón humano le sirve de sólido fundamento, de resorte y garantía de crecimiento. El peligro de interpretarlo como mera proyección humana se desvanece cuando se subraya la absoluta desproporción entre la medida de la idea humana y la realidad divina. El mundo tiene sentido en sí mismo y la autonomía libre del hombre conserva toda su responsabilidad,

pero plantear la realidad toda como si Dios no existiera, en el sentido de un ateísmo implícito o de un agnosticismo práctico, equivale a privarla de la novedosa magnitud de su sentido último, que sólo a la luz de la divina gracia se descubre.

Así pues, no es necesario gritar la muerte de Dios para afirmar la iniciativa humana, ni postular una situación natural autónoma que no encontrara en la gracia su auténtica plenitud, antes bien, sólo es verdaderamente libre el hombre y verdadera la realidad cuando se cimienta en Dios y a él dirige lo mejor de sus esfuerzos, no como un postizo añadido o artificial, resultado de una caprichosa elección, sino como su destino sobrenatural propio.

Amén de la reflexión racional más especulativa acerca de Dios, otros caminos han conducido al hombre hacia su encuentro: si bien es verdad que una aproximación metafísica al Ser supremo ha tenido sus inconvenientes, la experiencia salvífica junto al Dios de la Alianza los ha corregido; su presencia puede interpretarse ahora en clave de amor y libertad, de oferta e invitación personal. Es el tema que centra el tercero de los capítulos (*La revelación de Dios y el abismo del amor*). Credibilidad y amabilidad caminan, en adelante, inseparables. Mediación y sacramento serán el fundamento de la nueva economía, que tiene su punto culminante en el nuevo símbolo de Jonás: la cruz de Cristo. Un nudo misterioso en el que quedan definitivamente enlazados el orden del entendimiento y el de la fe, el de la naturaleza y el de la divina gracia. El autor apuesta, de este modo, por la superación de todo dualismo estéril que establezca una separación irremediable entre el ámbito de la fe, el de la experiencia religiosa y el de la reflexión filosófica, y se decanta por una visión única de la historia de la salvación con fases sucesivas. No cabe reducir el misterio de Dios a alguna de sus dimensiones, como no cabe romper la unidad intrínseca del hombre por alguna de sus facultades.

Tan antigua como la propia conciencia humana es la conciencia religiosa que descubre al Ser superior. El autor destaca dos elementos fundamentales que hacen posible este hallazgo: la voz interior del espíritu y el testimonio exterior del prójimo. El cuarto capítulo (*Jesucristo: la historia de Dios con el hombre*) nos ofrece una reflexión sobre esta cuestión. Porque Dios ha estampado su huella en la criatura puede ésta saber lo que quiere cuando le busca: mediante la filosofía investiga y descubre la existencia de un ser necesario, Dios como origen, causa o fin de todas las cosas; la religión, en general, enriquece la conciencia con la experiencia humana de un Tú divino, personal y soberano, ofrecido en libertad y del que se sabe en absoluta dependencia; el cristianismo, religión absoluta, aporta la insospechada novedad de una estrecha relación basada no ya en la metafísica del ser, ni siquiera en la obligación de creer para merecer, sino en una estrecha comunión graciosa, que abraza indisolublemente el cielo con la tierra, y que tiene nombre de persona: en Jesucristo, la eternidad de Dios entra en el tiempo para revestir nuestra temporal caducidad de su condición infinita; en él encuentra la donación divina su máxima manifestación, y en él también consigue su máxima plenitud el acceso del hombre a Dios.

Pero no todo es claridad: también nuestra cultura está preñada de oscuridades que dificultan, e incluso impiden, el camino hacia Dios. La vanidosa pretensión de

la ciencia experimental de convertirse en el canon y medida de la realidad ha dado lugar, en nuestros días, a la primacía de los saberes científicos, de la razón como órgano único de conocimiento, y del objeto empíricamente verificable. Ante el peligro de reducirlo todo a estos parámetros, incluso de someter la cuestión de Dios a estos mismos esquemas, compete a la filosofía y la teología recuperar las entrañas ricas y complejas de la realidad del hombre y también del ser de Dios. Una realidad –la nuestra– que hunde sus raíces en las categorías filosóficas heredadas de Grecia, enriquecidas por la irrupción personal de Dios en la historia salvífica de Israel, y que halla en el cristianismo su elevación mayor.

El Dios cristiano salva y quiere al hombre entero: en la relación con él cuenta no sólo la razón –siendo imprescindible– sino también la memoria, la esperanza y el amor. No sólo Dios rescata todo cuanto pertenece a la vida humana sino que, hombre como nosotros, asume en primera persona cuanto tiene que ver con ella: el misterio de la Encarnación, el gran acontecimiento cristiano, se convierte en la manifestación suprema del amor divino a favor del hombre pecador; en él se encuentra también la norma y el criterio a ejemplo del cual el amor humano se dirige a sí mismo, a los prójimos y también a Dios. La fe, más que mero asentimiento intelectual a un conjunto teórico de verdades, implica la adhesión personal y total a esta realidad de Dios que, hecho hombre, irrumpe en la vida del hombre, transformándola por completo. En la Encarnación de Cristo encuentra la humillación de Dios su máxima expresión; a cambio, ella confiere a la condición humana concreta y real su más grande e insospechada dignidad. En adelante, al margen de Cristo resultará prácticamente imposible conocer quién es Dios; pero del mismo modo resultará sumamente difícil conocer quién es el hombre.

Este es, a grandes rasgos, el contenido de este nuevo libro del teólogo español, Premio Ratzinger en 2011, en el que el autor nos ofrece su personal reflexión sobre el nudo que vincula dos de las cuestiones fundamentales de siempre, Dios y el hombre. Puede que no contenga grandes novedades, por lo que toca a su contenido, aunque la mayor riqueza que encontramos reside en la fresca existencial con que el autor desarrolla la exposición de los temas tradicionales de la teología, así como en la flexibilidad del lenguaje en que vienen formulados. El lector se siente situado, de inmediato, no ante la solución de frías teorías o problemas planteados en tercera persona que afectan a otros, sino en lo más profundo de su propio yo. Impregnado de aroma agustiniano, y al amparo de pensadores como Pascal o Newman, entre otros, es invitado a recorrer el laberinto de su condición interior, para lo cual la fe y la razón, el entendimiento y el corazón, ciertamente, o caminan de la mano o, sencillamente, no caminan. Ninguna experiencia resulta superflua, ninguna facultad despreciable o innecesaria: pues la realidad total de los entes sumerge sus hondas raíces en el abismo infinito del Ser, lejos de obstaculizarnos nos conducen a él. Este es el desafío, aquí reside el reto, aquí la invitación también para el hombre de nuestro tiempo que, como el de antaño, se plantea la cuestión de Dios.